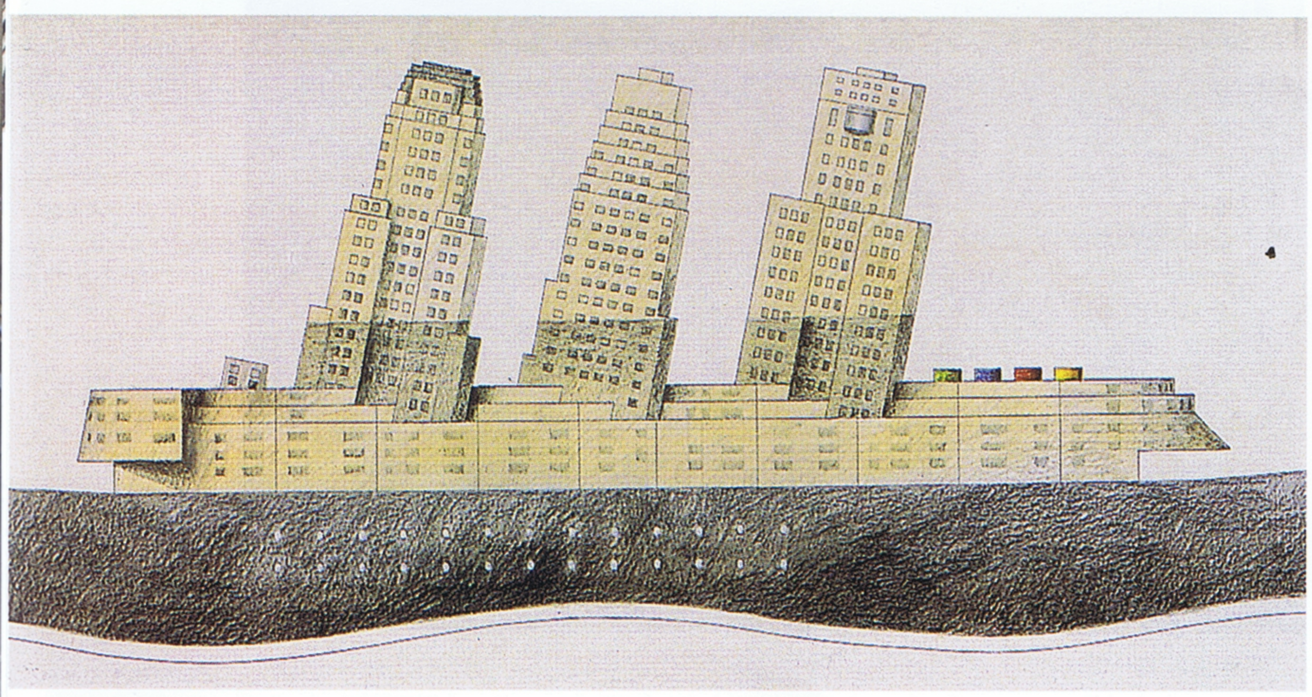
Rascacielos modernos

EL KAVANAGH, EL SAFICO Y EL COMEGA

Por Cocó de Larrañaga

Es inútil que ciudad con tales pretensiones cosmopolitas no adquiera, no ostente, aunque sea uno, dos, tres de los modelos, quintaesencia del progreso, inventados por la ciudad más pujante de nuestro continente, ya en pleno lanzamiento en viaje a las estrellas: Nueva York, la Emperatriz del Norte, ha comenzado hace tiempo a mirar a nuestra Reina del Plata desde muy arriba. Poseer rascacielos es, pues, imprescindible.
No importa que el costo inmobiliario de los terrenos del centro de Buenos Aires no sea tan astronómico como el de aquellos situados en el centro de negocios de Manhattan, porque no son los mismos intereses y el mismo poder los que se manejan en el Norte.
No importa que la concentración económica, fruto del lanzamiento de una gran potencia obligue al habitante de Nueva York a pensar que ahorra tiempo y dinero moviéndose en vertical, o que toda la tecnología desarrollada haya tenido el fin de concretar esa experiencia del hombre, de vivir y trabajar a ciento veinte metros del suelo.
Había que tenerlos. Así lo ordenaba principalmente el cinematógrafo: Clark Gable, Cary Grant y Lana Turner se conocían en interminables viajes en ascensor, desarrollando sus pasiones tempestuosas y monjiles frente a ventanales de vistas vertiginosas, y masticaban las aceitunas de sus *dry martinis* mientras observaban desde más alto, siempre desde más alto, el cielo constelado y nocturno formado por las luces de los rascacielos neoyorquinos.
Ésa era la imagen del progreso, eso el pragmatismo, ése el sueño americano que también nos espera –¿por qué no?– a nosotros mismos, como destino manifiesto. Si hasta los decadentes admiradores de los modos europeos de todo pelaje y color: los germanófilos, los francófilos, los anglófilos comenzaban a desconfiar de esa Europa convulsionada, litigante, inconsciente, que se encaminaba obnubilada, con la cabeza llena de teorías políticas, sociales, estéticas –todas ellas tan sublimes como extremistas– hacia una hecatombe mayor de la que venía de sufrir. Las miradas americanas, lanzadas a través del océano, desde unas más razonablemente tranquilas playas, iban mezcladas pues, de admiración pero también de incomprensión, preocupación y recelo.



1

1/ **Los rascacielos como chimeneas de transatlántico. De Edgardo Minond.**

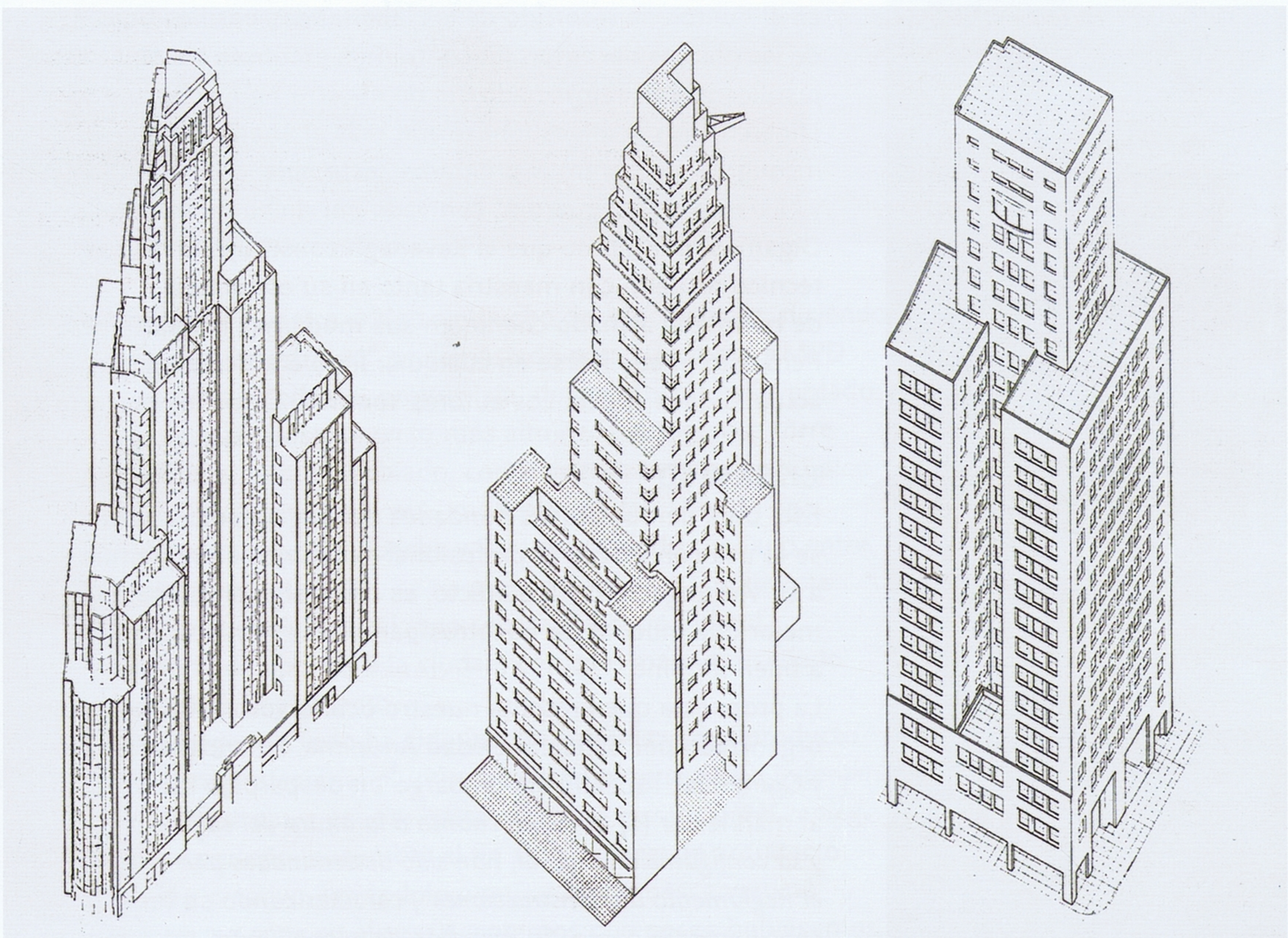
LAS TRES NAVES SOLITARIAS

Teníamos que tener rascacielos, y los tuvimos: tres.
Debemos decir que cada uno a su modo nos salieron fantásticos, excelentes y de una calidad innegable. Sobre todo el Coloso del Sur, que ostentó –si bien efímeramente– la cocarda del más alto amigo de las nubes de nuestro subcontinente. Edificio maravilloso, de imbatible resolución interior. Sus masas, elegantemente equilibradas y sin embargo cinéticas, continúan aún hoy deslizándose interminablemente hacia el río, haciendo temer al porteño que algún día, el edificio más bello de la ciudad nos abandone, navegando por el estuario rumbo a la ciudad que lo inspiró, a mezclarse con sus primos hermanos –la gran mayoría de ellos más importantes, altos, poderosos– pero quizá menos bien formados. Ya es claro que hablamos del Kavanagh, que como muchos barcos tiene, si no el nombre, el apellido de una mujer.

IDENTIKIT DE LOS AUTORES

Y, para continuar con el tema, les proponemos un entretenimiento *antistress*, cuyo resultado estará como siempre a la vuelta de página y cuyas reglas pueden sintetizarse así: nosotros le semblanteamos la obra, usted arriesgue quiénes son los autores. Para encontrarlos solo hará falta buscar en la lista (amplia por cierto) y de aquellos lúcidos artífices de nuestra ciudad en su salto a ser metrópoli. Aquellos bien enseñados y bien aprendidos arquitectos llamados racionalistas (ortodoxos o no) que actuaron para bien de la ciudad en la década que va del '30 al '40. Profesionales, confesémoslo, casi todos observados con gran desconfianza por el inyectado y suspicaz ojo del Gran Águila Hipercrítica y Bifronte, cuya cabeza racionalista moderna, progresista y democrática no podía concebir cómo estos constructores no acababan de darse cuenta del tesoro que tenían en las manos. No acababan de caer de rodillas ante la llegada de la Buena Nueva. No se les daba la gana de interpretar las palabras de la Divinidad Moderna en toda su profundidad y sentido; y lo que era peor aún, hacían *"arquitectura con la baja intención de hacer ganar dinero a sus comitentes"*. Este último punto sería el único compartido

2



3

2/ **Vista de la Avenida Corrientes. En primer plano, el edificio Comega y atrás, el Safico.** 3/ **Edificios Kavanagh, Safico y Comega. Axonométricas.**

–en su desprecio– por la otra cabeza emplumada, la nacional, popular y profesante, pues el otro yo del volátil ha considerado siempre la mayor de las ofensas aquello que para su hermana era la mayor de las virtudes: el internacionalismo. No importa el manejo "a la criolla" que los mentados arquitectos hubiesen hecho de éste. La sola proximidad merecía anatema. Es allí entonces, entre estos eclécticos, inquietos y reprobables maestros que a nadie conformaban, que tendremos que buscar al autor (o los autores) del primer caso del concurso.

EL KAVANAGH

El edificio Kavanagh, nacido edificio San Martín, y que según la opinión del autor del entretenimiento es lo mejor que tenemos para mostrar en Buenos Aires, no es –por desgracia– racionalista. No pertenece a la corriente nacida en la Alemania de entreguerras y que trató de plasmar en arquitectura la compleja estética del torturado expresionismo.
Sus ancestros se encontraban de este lado de acá del mar-océano, inspirados por el puro pragmatismo,**(1)** ataviados con el ropaje del Clasicismo Moderno de uso común en la costa este de los Estados Unidos, influidos en parte por el *Decó* irradiado desde París en 1925, y en ciertos casos hasta escrutando los vestigios dejados por la ancestral raza Maya,**(2)** en su afán de resolver mejor la arquitectura de zigurat presentada por el Código Neoyorquino de 1916 **(3)** pensado urgentemente para neutralizar los problemas de congestión y falta de iluminación que ya estaban planteando los primeros gigantes de principio de siglo, como el *Equitable Building* (1912-15, Probst &White).
El práctico autor bonaerense, echó mano a esa imagen, la del auténtico rascacielos, de la misma manera que echaba mano al racionalismo alemán para confeccionar una elegante y despojada casa de rentas en el Barrio Norte, o a la casa vasca para el casco de estancia de algún fuerte ganadero que perteneciese a esa noble raza. Y tanto así es, que en su afán de responder a la esencia del mismo, echó mano también a similares formas de componer que sus colegas del Norte: la maqueta de jabón, tallando primero la envolvente máxima permitida por el Código, para luego ir retallando los volúmenes en una ida y vuelta constante entre las necesidades estéticas y funcionales. De todo lo dicho es suficiente prueba la coincidencia evolutiva y expresiva entre el desarrollo de la maqueta de nuestro edificio y los interesantes registros de este proceder que documentara en su momento Hugh Ferriss, basándose en diagramas de Harvey Wiley Corbett, realizados en 1922.
No cabe la menor duda de que a la pregunta acerca de cuáles fueron las intenciones que primaron el estudio que concretó el diseño del edificio K. –si las venales o las formales– que se trasluce en el capítulo alusivo, en el libro *1930-1950. Arquitectura Moderna en Buenos Aires*,**(4)** cabe responder de una sola manera: fueron ambas. Lo que seguramente no primó, y está confirmado por el desaprensivo estudio de marras, en los artículos de la revista *Nuestra Arquitectura* que cita el libro mencionado,**(5)** es el cumplir con una de las normas básicas del Movimiento Moderno como que la imagen exterior deberá ser consecuencia y expresión de la funcionalidad interna de la obra de arquitectura. En este caso solo existe el acomodamiento de las plantas a la configuración exterior, siguiendo un vago programa de vivienda para la clase media alta porteña, donde solo había un concepto que no participaba de dicha vaguedad: el que las zonas de servicio quedasen lo más lejos posible de las correspondientes a los dueños de casa.
Y si esto no podía conseguirse en el espacio debería lograrse en el tiempo de recorrido de los laberínticos pasillos típicos de las plantas del autor. (Encontramos entonces absolutamente justificado que el inyectado ojo de nuestro Aguilucho Hipercrítico se congestionase aún más al anotar las incongruencias entre el programa "*petit hôte*l contra-hecho" y "Estética de vanguardia" cultivado por dicho profesional.)
Digamos, por último que el Kavanagh constituyó un alarde técnico resuelto con maestría tanto en su estructura de hormigón armado cuanto en sus modernas instalaciones. Pero esto puede leerse en cualquier libro o artículo *ad hoc*, actual o de la época. Los autores son tres. Como los rascacielos.

4

4-5/ **Vistas del Edificio Kavanagh desde Plaza San Martín.**

EL SAFICO

Esta obra demuestra las bondades del Reglamento cuando se lo usa con gracia. El profesional al que nos enfrentamos es, a su vez, ingeniero y arquitecto, es decir, alguien preparado mejor que muchos de nosotros para llevar su rascacielos a buen término.
La propuesta que presenta nuestro oculto autor, al concurso organizado por Safico Sociedad Anónima, Financiera y Comercial, muestra sin embargo un desparpajo total al manifestar **(6)** que: *"en cuanto a la altura del edificio y su configuración exterior, han sido determinadas por el Reglamento de Construcciones"*, caracterizando su torre sencillamente como *"la expresión del plano límite"*.

5

Acá también nuestro crítico aguilucho del ojo suspicaz, diciendo que tanta "pedestridad" es demasiado para su cabeza RMPD (racionalista, moderna, progresista, democrática), ha levantado vuelo, no para posarse en lo más alto de la vertiginosa torre del Safico, sino que agobiado, con un rictus amargo en su pico, ha ido a refugiarse en la más modesta (en tamaño, no en calidad) esquina de Suipacha y Paraguay, donde cobijado entre bonetes **(7)** y *glass-béton*, se ha puesto a meditar largamente sobre la distancia Austral, que separa al Grupo Sideral, en materia de aportes a la ciudad, con este mamut diseñado por el señor Reglamento.

Sin embargo, no todo ha sido inculta estolidez en el producto de nuestro profesional plurititular. Aquel pragmatismo ingenieril que lo arrastraba a ocupar hasta el último resquicio del *zoning envelope* porteño, sucumbió al fin ante la parte de arquitecto original y creativo, llevándolo a retirar una muesca vertical a la torre, en toda su altura. Aceptemos que pocos hubiésemos tenido la audacia de actuar sobre una forma contundente y completa en sí misma, de esta manera. Debería pasar mucha agua bajo los puentes de la Modernidad.

Que llegar casi hasta las ambiguas y tensionadas formas del Deconstructivismo para habernos atrevido a tanto. Pero allá está, distrayéndonos hasta hoy con esta pirámide insólita que podemos admirar surgiendo de la plataforma del Safico, añorando solo que el señor Reglamento no la hubiese puesto un poco más cerca de la línea municipal para entretenernos mejor con este geométrico parque de diversiones. Gracias ingeniero-arquitecto. Gracias señor Reglamento.

Y gracias también por la elegante proporción de los siete pisos del basamento, con sus impecables ventanas corridas, y por su acceso resuelto con tres puertas sucesivas reproduciendo el tema telescópico de la torre en sus carpinterías. Y por los egipcíacos manojos de cañas de acero inoxidable en las columnas hollywoodenses del hall. Esto sí que es buena arquitectura: elegante, discreta, lujosa, durable, intemporal y moderna, diseñada –no lo dudamos– por la fase arquitecto del plurifacético ingeniero-reglamento.

La resolución de este conflicto esquizofrénico por parte del autor nos ha beneficiado. Como también benefició al señor F.W.,

6

7

8

directivo de la compañía, al hacerse edificar en la cúspide de la pirámide, no un templo para arrancar corazones, sino el departamento 231, nido familiar de cuatro pisos, "el chalet más alto de la Capital Federal".**(8)**
No nos despediremos del edificio Safico sin preguntarnos para nuestro coleto: ¿estará a la venta el chalecito?

EL COMEGA

Al tocar el tema del Comega no nos sale continuar con el tono festivo del artículo. No porque este edificio no sea también una fiesta para Buenos Aires, sino porque tanta estricta funcionalidad nos deja fríos. Sólo nos atrevemos a decir que al fin, estamos aquí ante una imagen racionalista sin mácula.
Su envolvente blanca (debe ser blanca, aunque esté recubierto de travertino) expresa al exterior las repetidas plantas libres de oficinas, racionales y funcionales, que guardan –a consecuencia del rehundido de la fachada principal– las proporciones adecuadas de iluminación y ventilación.
La torre de siete pisos que emerge del basamento no se aprovecha de la generosa escalonada propuesta por el señor Reglamento; se alza pura y prismática, como corresponde.
En el último piso del cuerpo principal, una leve inflamación (respondiendo, por supuesto, a una forma pura y cilíndrica) denuncia que allí se encontraba (por desgracia hasta 1969) el Comega Club, la más moderna de las modernas confiterías de Buenos Aires, donde la gente también muy moderna, no observaba desde las alturas los trágicos presagios del Berlín, en vísperas de su disolución final, sino la avalancha del progreso porteño que se derramaba junto al río color de león.
Para terminar haremos una pregunta y una recomendación.
La pregunta: ¿cómo se atrevió el autor a hacer un rascacielos racionalista? ¿Ha visto usted alguna vez un rascacielos funcionalista, racionalista, ortodoxo, alemán construido?
Están las propuestas de Gropius y Meyer y de Hilberseimer para el concurso del *Chicago Tribune* en 1922, pero para horror de nuestro Crítico del ojo suspicaz no fueron elegidos.
¿Podremos vanagloriarnos los porteños de tener, además del río más ancho y la calle más larga, el único rascacielos racionalista?
La recomendación: ingrese usted por la admirable puerta principal del Comega, ubicada de forma extravagante en la fachada lateral y sobre una calle de fuerte pendiente; párese durante unos minutos en el centro del hall mirando fijamente la caja de acero inoxidable que lo rodea y concéntrese. Cuando sus dientes comiencen a rechinar, habrá podido captar en gran parte lo esencial del espíritu modernista de los '30. Ya se habrá dado cuenta de que el profesional en el que tiene que pensar debe contar, imprescindiblemente con un perfil culto, informado y comprometido con las vanguardias europeas, y tan racional y refinado como para habernos regalado el Comega.

DESPEDIDA

No importa cuáles sean las contradicciones que le marque nuestro Hipercrítico Pajarraco de dos cabezas. De prestarle usted demasiada atención podrá llegar a oír de su pico, además de las usuales frases desvalorizadoras de esta "corriente" de arquitectura, palabras tales como fascismo, comunismo, imperialismo, y si lo deja, alguna que otra llamada a situaciones políticas de actualidad. No le haga caso. Cuando camine por la ciudad, párese frente a cada uno de nuestros cuestionados rascacielos y piense para usted mismo: ¡Bien lindos que son!

9

NOTAS

(1) O también por la voluntad de poder y prestigio de ciertos varones norteamericanos, según la interpretación psicologista del crítico Claude Bragdon, citado por Robert Stern, Gregory Gilmartin, Thomas Mellins en *New York 1930*, Rizzoli, 1987.
(2) La misma publicación, el capítulo "*Scafolding the sky*", notas 29 a 39 sobre investigaciones del tema, entre ellas las de Wrigth.
(3) *The New York City Building Zoning Resolution* (1916).
(4) Borghini-Salama-Solsona, *1930-1950. Arquitectura Moderna en Buenos Aires*, CP67.
(5) "Edificio Plaza San Martín", Revista *Nuestra Arquitectura*, enero de 1934, y "El criterio del proyecto", *Nuestra Arquitectura*, 1935.
(6) "Edificio Safico", *Nuestra Arquitectura*, marzo 1934.
(7) Todos sabemos que en el local de esquina de esta interesante obra del Grupo Austral, ha habido desde tiempos remotos una sombrerería de damas.
(8) "El chalet más alto de la Capital Federal", *Nuestra Arquitectura*, marzo 1934.

Este artículo fue publicado, a modo de acertijo, en Summa+ 6, abril-mayo de 1994. Estas son las "respuestas" que originalmente se publicaron por separado:

KAVANAGH
Autores: Sánchez, Lagos y de la Torre, arqs. Comitente: Corina Kavanagh.
Empresa constructora: Geopé. Año: 1934

SAFICO
Autor: W. Moll, ing. y arq. Comitente: Safico S.A.C.yF.
Empresa constructora: Geopé. Año: 1932

COMEGA
Autor: Joselevich y Douillet, arqs. Comitente: A. Hirsh.
Empresa constructora: Geopé. Años: 1929-1932

La figura del "Gran Águila Hipercrítica" ("Hipercrítico Pajarraco", "crítico aguilucho", etc.) hace alusión a cierto esnobismo intelectual de la época y de la crítica de arquitectura posterior, y no a un personaje determinado. (N de la R)

6-8/ **Vistas del edificio Safico.** 9/ **Edificio Comega. Vista de la escalera.**